

Después del poder

Erick Vásquez



Image not found.

Capítulo 1

He muerto.

Quién iba a pensar que a mí me tocaría tan pronto. Mi cuerpo yace allí, en esa cama, hinchado, pálido. Bernarda, mi esposa, en actitud incólume, comienza a hacer algunas llamadas telefónicas para dar la terrible noticia. No recuerdo cómo es que morí, hago un esfuerzo por traer las imágenes, pero no lo logro. Creo que debo comenzar desde el principio. Bueno, hice tantas cosas, que creo que me he ganado el cielo.

Me gradué con honores en la escuela de Derecho y recibí la responsabilidad de continuar la labor de mi padre, como decano de los jueces de casación agraria de este país. Pero yo quería más. Después de ejercer un par de años como juez tercero de control de la ciudad capital, me volví diputado... mi padre se molestó, afirmaba que los halcones del Partido Laborista me destruirían, y a él junto conmigo; y que si no nos destruían ellos, lo harían los del Frente Nacionalista... entonces descubrí que mi padre era un cobarde, mediocre, miope y sin ambiciones, que sólo le importaba conservar ese puesto de juez que había recibido de su padre, que a su vez lo había recibido del suyo, y así hasta que se pierde la cuenta. Fundé un partido, destinado a romper el eterno bipartidismo de este país y duré quince años como diputado, allí me enfrenté a un montón de monstruos, y los fui derribando uno por uno, promoví una reforma tributaria, una nueva legislación de menores y una ley de servicios públicos... fue en ese tiempo cuando conocí a Bernarda, ella recién se había graduado de abogada y trabajaba como asistente del secretario del Parlamento...

Años después, cuando la crisis económica se volvió lo bastante fuerte, se formó la masa crítica para que mi organización se ganara al electorado, monté un programa de televisión y desde allí comencé a explotar la frustración de la gente por la crisis... Llegaron las elecciones, los dos partidos tradicionales y el mío, obtuvieron cada uno, un tercio de los diputados, los números eran casi iguales... los laboristas, como siempre de arrastrados, llegaron primero a proponerme que formáramos gobierno, y yo los rechacé de la manera más tosca que me fue posible, «malditos comunistas», les dije; después llegaron los nacionalistas, con ellos fui menos grosero, siempre me han caído mejor que esos estúpidos marxistas disfrazados de centro-izquierda, pero los rechacé también; tenía muy claro cuál era mi ruta... entonces ocurrió lo impensable: laboristas y nacionalistas formaron una coalición, mientras yo me frotaba las manos viendo que todo salía tal y como esperaba...

Con el nuevo gobierno mixto, la situación económica empeoró mucho más, y las perspectivas para las próximas elecciones se me volvían cada vez más favorables... pero ocurrió entonces algo terrible; mi padre se alió

con mis enemigos para destruirme y se postuló para Presidente; de esa forma, durante los siete años que durara él en el cargo yo no podría ser Primer Ministro, por ser su hijo. Los diputados laboristas y nacionalistas juntos no reunían los dos tercios requeridos para nombrar al nuevo Presidente, tan sólo les faltaban cinco votos; por lo que tuve que enfrentar un asedio constante a mis diputados, sobornos, chantajes... hasta que consiguieron arrebatarme los cinco diputados que necesitaban, y mi padre fue investido como Presidente. Cuando supe la noticia, empecé a arrojar al piso la vajilla y todo lo que se me atravesase; hasta que fue mi esposa quien me tranquilizó y me sugirió lo que tenía que hacer. Ella era tan vehemente en aquel tiempo, ahora la veo diferente.

Comienzan a llegar personas a la habitación... Ramírez, mi jefe de bancada, llega, abraza a mi esposa y comienza a llorar de una forma ridícula... es tan evidente que está fingiendo. Mi esposa hace una mueca de fastidio... qué extraño... hasta ahora no la he visto llorar. Siempre ha querido aparentarle al mundo que es una mujer fuerte y sólida, pero yo sé muy bien lo vulnerable que puede llegar a ser. Llegan funcionarios de la policía. Bernarda recibe una llamada de Batista, mi secretario ejecutivo, condoliéndose... pero ella sigue incólume. La llama su madre, esa vieja intrigante, con ella si se va a permitir deshacerse en llanto... hablan un rato... se despiden y... ella sigue incólume!

Y yo sigo sin recordar cómo es que morí.

Asistí a la ceremonia de investidura de mi padre, el honorable juez Nicanor Galicia ahora era el excelentísimo Presidente Nicanor Galicia. Después de toda la pompa me invitó a conversar en privado y me pidió disculpas por interponerse en mi camino hacia el poder; me dijo algo sobre peligros y quién sabe qué tonterías más. Le hice saber que ya no era mi padre y me retiré. Fue mi esposa quien me dijo que tenía que elegir entre mi padre y el poder... y la respuesta era evidente por sí misma. Así que empecé a tejer la red que sacaría a mi padre de la jefatura de Estado y me abriría las puertas hacia la jefatura de Gobierno, hacia el poder. Traté de involucrarlo en algún escándalo que lo pusiera en vergüenza y lo obligara a renunciar; pero fue imposible. Investigué todas y cada una de sus sentencias como juez en busca de alguna irregularidad, pero no conseguí ninguna. Traté de falsificar alguna irregularidad y no fue posible... Comencé a desesperarme cuando vi que faltaban sólo seis meses para las elecciones, si no sacaba a mi padre de la presidencia entonces, tendría que esperar cinco años más para las siguientes elecciones, y aun entonces, él seguiría siendo Presidente.

Llega a la casa el personal funerario y se llevan mi cadáver. Tendré un funeral de Estado, como se lo merece alguien tan insigne como yo. Según el protocolo, mi cuerpo debe permanecer tres días en capilla ardiente en el palacio sede del Parlamento. Me preparan. Se supone que debería ser horrible ver como un montón de personas te sacan las vísceras, te

atapuzan de formol, te maquillan y te visten mientras te manosean, pero a mí me da igual... Veo llegar una por una las personas que vienen a mi funeral; ya he perdido la cuenta y todavía no consigo recordar cómo es que morí.

A pocas semanas de las elecciones la crisis económica se volvió todavía más aguda y todas las encuestas apuntaban que la coalición en el gobierno tenía por lo menos un setenta por ciento de rechazo. Pero mi padre seguía allí, como Presidente. Y yo tenía que hacer algo... cuando Bernarda me ofreció el frasco no podía creer lo que veía, y ella sólo me dijo «es tu padre o el poder». Entonces entendí lo leal y comprometida que estaba ella conmigo, y me sentí orgulloso... no moriré solo, pensé; y así ha sido, he muerto (aunque todavía no recuerdo cómo) y allí ha estado ella, conmigo. Pero tenía que tener cautela en cómo le administraba la sustancia a mi padre, no podía levantar sospechas, y tenía que ser después de las elecciones, sino el rumor de que lo envenené arruinaría mi imagen ante el electorado... para las próximas elecciones ya todo el mundo se habría olvidado del asunto, y yo habría apartado de mi camino a los laboristas, a los nacionalistas y a mi padre, a todos de un solo tiro, o mejor dicho, de una sola dosis.

Ahí están en mi funeral Ramírez, mi jefe de bancada, y Batista, mi secretario ejecutivo; han conversado por más de dos horas, creo que están discutiendo. Llegan los representantes del Partido Laborista, dan el pésame a mi esposa y se acercan a mis compañeros de partido, encabezados por Ramírez y Batista... es curioso, nunca me puse a pensar en quién debía ser mi sustituto, ahora Ramírez y Batista parecen ser los más autorizados. Un poco más tarde llegaron los del Frente Nacionalista e hicieron lo propio... llegaron las cámaras de televisión, los visitantes internacionales, las banderas a media asta. Pero hay algo en la atmósfera que no me gusta, no sé, no hay mucha... ¿tristeza? La gente parece estar haciendo más bien algo tortuoso pero necesario... como cumpliendo con una incómoda obligación. ¿Por qué? No lo entiendo... Creo que empiezo a recordar cómo fueron mis últimos momentos.

La víspera de las elecciones fue decisiva. Pasé todo el día en mi comando de campaña. Fui a almorzar con Bernarda y ella insistió en que nos fuéramos a almorzar en casa, para que yo descansara un momento, acepté, pero apenas terminé de comer volví a mis labores y ella se quedó en casa. A las nueve de la noche todos los noticieros repetían a coro la misma noticia de última hora: el Presidente Galicia ha sido hallado muerto en su despacho. ¿iCómo pudo ocurrir justo este día!? ¡Es evidente! Mis enemigos una vez más lo han utilizado para destruirme... lo han asesinado ellos antes que yo para que todo el mundo me señalase. Di una declaración, me puse a la orden de cualquier investigación que tuviere lugar y dejé claro lo evidente de la situación: el Presidente había sido

asesinado con la clara intención de perjudicarme.

En mi funeral algunos miembros de mi partido dan unas palabras... ninguno me ensalza como me lo merezco ¿qué es lo que pasa? Bernarda se retira del lugar, parece confiada de que nadie la está viendo... pero yo la estoy viendo. Entra en una dependencia algo apartada y se reúne con cuatro hombres, no los reconozco... ¿qué dicen? ¡Ella quiere que me cremen hoy mismo! ¿Por qué? Dice que no quiere prolongar este espectáculo mucho más. Los hombres asienten. Alguien anuncia que la programación ha sido modificada y yo seré cremado al anochecer. Los medios de comunicación lo anuncian y a la gente parece caerle bien la noticia; como si significase el fin de una pesadilla o algo así. ¡Por el amor de Dios! Estoy recordando.

Ha llegado el día de las elecciones... en la mañana el Parlamento se reunió de emergencia para nombrar al nuevo Presidente y la sesión se convirtió en una especie de cacería en mi contra... laboristas y nacionalista, en una sola voz arremetían contra mí... en las barras se alzaban pancartas que decían cosas como «Galicia parricida» «Asesino Galicia» y cualquier cantidad de barbaridades. Pedí la palabra y explotaron los abucheos, había algunos de mis seguidores en las barras y se formó una trifulca, un huevo fue a dar en mi traje. Se suspendió la sesión. Mis enemigos ahora me culpaban también de la trifulca; y además de asesino, parricida y magnicida me llamaban también desestabilizador, alborotador y amotinador. Eran las diez de la mañana cuando aparecí en televisión para defenderme... mi declaración fue interrumpida por una noticia de última hora: habían allanado mi casa y, según narraba el periodista, habían hallado las pruebas de que yo envenené al Presidente Galicia.

Mi cuerpo está siendo reducido a cenizas. Mi esposa da unas declaraciones a unos periodistas que se han agolpado a su alrededor... dice que pese a todo la gente debía recordar que yo había sido un gran hombre, y lamentaba que las cosas tomaran el rumbo que tomaron. Se niega a continuar declarando y se retira. Estoy recordando... ayer fue el día de las elecciones... al escuchar aquella noticia salí inmediatamente a mi casa, que estaba llena de policías. La prueba de la que tanto hablaban era el frasco que me había ofrecido Bernarda... qué imbéciles, fue lo primero que pensé, ese frasco está completo, además ¿en qué momento pude haberlo administrado?

Uno de los policías me acercó el frasco, que sujetaba con su mano enguantada... el frasco estaba a la mitad...

—¡Lo han vaciado ustedes mismos! —les grité—. ¡Mentirosos! Además, ese frasco jamás ha salido de esta casa.

—Usted se lo administró al señor Presidente cuando este lo visitó el día de

ayer en horas de la tarde —me dijo el policía.

—¿iPero de qué hablan!/? —Les grité rozando la desesperación

—. ¡Mi padre no ha pisado esta casa! ¡Y yo no estaba aquí ayer en la tarde.

—La gente de su partido ha declarado que usted se retiró con su esposa a almorzar —me contestó el policía—. Y se nos ha confirmado que el señor Presidente visitó esta casa ayer en horas de mediodía, y entró solo, lo recibieron usted y su esposa.

Ahora lo recuerdo bien... ahora lo entiendo todo. Bernarda no me ofreció ese frasco por lealtad y compromiso conmigo... ella me tendió una trampa... ella conspiró con mis enemigos para destruirme... como no acepté envenenar a mi padre antes de las elecciones, acordaron hacer esto... y ella ha declarado que mi padre nos visitó ese día... ella lo invitó a que fuera a casa en cuanto yo me retiré después de almorzar... no había coartada. La gente que me acompañaba declararían que efectivamente yo me fui a mi casa a almorzar. La gente que acompañaba a mi padre declararían que él entró a mi casa y estuvo allí un momento. En ese momento Bernarda se disculparía con mi padre por mi ausencia y le ofrecería una bebida con el veneno, que surtiría su efecto unas horas después.

En cuanto deduje todas esas cosas me embargó una gran tristeza y enloquecí... le arrebaté el frasco al policía, corrí y me tomé de un trago su contenido. Sentí un escozor en mi garganta que me recordó vagamente cuando a mis once años probé por primera vez un trago de whiskey que le había sustraído a mi padre. Los policías trataron de detenerme, pero actué demasiado rápido. Después se quedaron observándome asqueados, como si miraran al peor de los dementes. Yo estaba destruido. Mi esposa me había traicionado. Después de la traición de mi padre ella era mi único consuelo. Yo la quería. Y me había traicionado.

Pasaron unas horas y ya el veneno corría por mi cuerpo... mis piernas se entumecieron y los policías me ayudaron a llegar hasta mi cama, mientras llegaba un médico... ya caída la noche llegó Bernarda... les pidió a los policías que se retiraran y ellos se quedaron en las afueras de la casa. Bernarda cerró la puerta de la habitación y yo le hablé:

—¿Por qué lo has hecho Bernarda?

—No entiendes nada Claudio Galicia —ya no era la mujer de siempre, su actitud era desafiante, su gesto apuntaba satisfacción, morbo y algo de burla—. ¿Acaso creíste que el poder era tan fácil de conseguir? El poder ya

tiene sus dueños. Y eso no cambiará.

—¿En qué momento te volviste en mi contra?

—Nunca he estado de tu lado. Desde que nos conocimos... ¿recuerdas? Yo era una abogada recién graduada que trabajaba para el secretario del Parlamento. Yo estaba allí con una misión... eliminar la amenaza que se cernía contra el statu quo: eliminarte a ti —y empezó a carcajearse frenéticamente—, pensé que después de esto tendría que cargar con el peso de seguir siendo tu esposa, pero tú te has encargado de eso iyo no podría haberlo planificado mejor!

—Entonces siempre fuiste un caballo de Troya.

—Como te dije, el poder ya tiene sus dueños, y eso no cambiará.

—¿Pero de quiénes hablas? ¿De los laboristas? ¿De los nacionalistas?

—¡Ingenuo! Los partidos son sólo fachadas... desde que te volviste diputado te estuvieron observando de cerca y me enviaron como precaución... cuando obtuviste aquel tercio del Parlamento los pusiste en un apuro... y como no aceptaste asociarte con ninguno de los partidos, los forzaste a aliarse públicamente... la crisis económica se agravó y tu popularidad subía y subía... amenazaron a tu padre para que se hiciese Presidente y así contenerte, pero eso no sería suficiente... no serías Primer Ministro, pero de cualquier forma tu partido ganaría las elecciones. Había que hacer algo más. Y tu padre nuevamente fue el instrumento. Ahora acaban de anunciar los resultados: has perdido, tu partido se ha dividido, Ramírez se ha alineado con los laboristas y Batista con los nacionalistas... las cosas vuelven a su lugar.

Entonces el veneno terminó de hacer mella en mi cuerpo. Convulsioné y fallecí ante la mirada complacida de mi esposa. Ahora ella carga el cofre con mis cenizas que serán enterradas junto con las de mi padre en el cementerio municipal... el entierro es más un espectáculo, todo el mundo cotillea... el Partido Laborista ha ganado las elecciones y ha roto su alianza con los nacionalistas... todo el mundo comenta, las próximas elecciones las ganará el Frente Nacionalista... y el país conserva su alternancia, su pluralidad y su democracia.

Creo que es mejor haber muerto. Ahora entiendo los peligros de los que me hablaba mi padre. Él dijo que me destruirían y a él junto conmigo.